

UNIVERSIDAD, CULTURA Y MODERNIDAD

Julio Labastida

Ex-Subdirector General de Ciencias Sociales de la UNESCO.

Conferencia dada en la Universidad Nacional de México, el 24 de Enero de 1990.

El tema que me propongo abordar es el de Universidad, Cultura y Modernidad, eligiendo aquellos aspectos de la relación entre cultura y modernidad, que en la problemática del mundo contemporáneo, constituyen parámetros para pensar la función actual de las universidades.

Debo precisar que empleo el concepto de cultura no en un sentido restringido, que sólo incluiría la creatividad artística y la denominada "alta cultura", sino que lo utilizo en un significado sociológico, que comprende los sistemas de normas, de convenciones, de estructuras, de instituciones, de creencias,¹ que definen a una sociedad, a una comunidad o a un grupo social extenso.²

Ahora bien, uno de los elementos centrales que definen la etapa histórica que vivimos, es la tensión entre comunidades y naciones que buscan reafirmar su especificidad cultural y la tendencia a la globalización o a la planetarización de procesos que afectan a la humanidad en su conjunto.

La humanidad ya no es un mosaico de culturas, de países aislados los unos de los

otros, sino una comunidad con un futuro común. Esta unidad de destino, no excluye conflictos y desigualdades pero se desenvuelve en una interacción creciente. Tal vez el pasado pudo respetar las fronteras, pero el futuro tiene que ser pensado en la interdependencia y en la complejidad.

Cuando hablo de interdependencia, de globalización, no me refiero solamente a la revolución que se ha producido en el campo de la comunicación y que ha convertido el mundo, en la fórmula de Marshall MacLuhan, en una gran aldea planetaria, sino también a procesos que exigen soluciones globales, a escala mundial.

Esos procesos, a mi juicio, son fundamentalmente: la degradación acelerada y posiblemente irreversible, del medio ambiente, el peligro de una hecatombe nuclear, la desigualdad creciente en los procesos de desarrollo económico, y las consecuencias éticas y culturales del progreso acelerado de la ciencia y la tecnología en el mundo contemporáneo.

En lo que se refiere a la degradación del medio ambiente, este fenómeno no sólo se ha convertido en un problema entre naciones vecinas, como es el caso de la contaminación de ríos, lagunas o lagunas fronterizas, o incluso de la contaminación de la atmósfera que ha trascendido, como en el caso de Chernovil, las fronteras de la Unión Soviética, sino que constituye una amenaza para la humanidad en su conjunto, como serían los cambios en el clima, producidos por la deforestación de la Cuenca

1. Que incluyen los mitos y las ideologías.

2. Dentro de este enfoque el lenguaje ocupa un papel fundamental.

del Amazonas, y lo que sería más grave aún, la destrucción de la capa de ozono que podría tener efectos irreversibles sobre el calentamiento del planeta. Es evidente que estos procesos exigen una acción normativa y práctica a nivel mundial.

Por otra parte, nunca como ahora, los problemas de la paz tuvieron una importancia tan crucial, porque es el futuro de la humanidad el que está en juego frente a la amenaza de una guerra nuclear. Al mismo tiempo, nunca antes la construcción de un clima de la paz rebasó tanto una lógica estrictamente geopolítica, y se ligó como ahora, a procesos mundiales de carácter cultural y económico.

Dicho de otra manera, sólo un enfoque estrecho puede considerar que la paz y la eliminación de una confrontación nuclear, pueden lograrse ahora a nivel de las superpotencias o de un acuerdo exclusivamente entre los países del Norte. Las tensiones entre el Sur y el Norte, pueden tener también repercusiones importantes para un futuro de paz o de guerra. Esas tensiones tienen obviamente, elementos geopolíticos, pero sobre todo tienen una base económica y cultural.

Después de la Segunda Guerra Mundial, hemos vivido un período largo de paz en el Norte, entre las grandes y las medianas potencias, y guerras a escala regional en el Sur. Sin embargo, hay nuevos factores que hacen prever la posibilidad de desplazamientos o la extensión de los conflictos desde el Sur hacia el Norte.

En primer lugar, el monopolio nuclear se ha roto. Aunque con un carácter limitado, países del sur han accedido o están por acceder al armamento nuclear, pero además, vivimos una época en que aparecen cada vez con mayor claridad, las dimensiones económicas y culturales, que influyen y crean un clima de paz o de conflicto a nivel internacional, y al interior de las naciones.

La exclusión y la frustración de la mayoría de la población del planeta en sus aspiraciones de participar en los beneficios del desarrollo,

ha tenido como consecuencia movimientos de afirmación cultural en regiones del Tercer Mundo, muchas veces acompañados de violencias y de formas de fanatismo religioso, étnico o nacional, que han roto equilibrios precarios de paz.

Estoy pensando en uno de los casos más importantes, que es la Revolución Iraní y en el avance del fundamentalismo islámico, que actualmente no sólo es un problema en el Medio Oriente, y en otras regiones del Tercer Mundo donde el Islam es predominante o tiene una presencia importante, sino que ahora, como podemos ver en los acontecimientos recientes, es un problema que una gran potencia del norte como la Unión Soviética, tiene en su propio seno.

Al mismo tiempo, esta marginación ha producido fuertes corrientes migratorias del Sur hacia los países desarrollados del Norte, que al no integrar a estas poblaciones han sido fuentes de tensiones culturales y raciales. De esta manera, las contradicciones entre el Norte y el Sur, comienzan a vivirse ahora, en el seno mismo de las sociedades de los países más ricos.

Por lo tanto, parece evidente que la desigualdad creciente en los procesos de desarrollo, no constituye solo un problema de los países más desfavorecidos, sino que su solución condiciona la posibilidad de una comunidad internacional que pueda fincarse en la paz y en un crecimiento de la economía mundial sobre bases sólidas.

En este contexto internacional, ¿cómo enfrentar el porvenir desde países en desarrollo como el nuestro, que ha encontrado serios obstáculos al crecimiento, particularmente desde la última década?

La frustración de la voluntad de desarrollo de la mayoría de la población mundial frente a la agudización del reparto desigual de la riqueza, de la técnica y del conocimiento, se ha traducido frecuentemente en un pesimismo fatalista o en el refugio en particularismos culturales. Aquí y allá, los países del Tercer Mundo

defienden su autonomía en el plano ideológico o cultural, sin lograr proveerse de una base de sustentación económica propia.

Por otra parte, sabemos que el desarrollo no es una evolución continua, el pasaje progresivo de lo particular a lo universal, sino una transformación estructural que compromete el conjunto de las relaciones sociales, y sin embargo, la pauta de esta transformación no ha seguido el modelo clásico de modernización. Si otrora éste se extendió rápidamente bajo el impulso de la industrialización y estuvo marcado por relaciones de explotación de la fuerza de trabajo, actualmente el desarrollo se presenta segmentado y genera exclusión social. Es el tema conocido de dualismo estructural.

Observemos que la hipótesis optimista de una incorporación masiva y rápida de las poblaciones marginadas en el proceso de desarrollo, que se expresó también en el monumental esfuerzo educativo de décadas pasadas, no se cumplió en su totalidad. Como consecuencia los agentes sociales se definen según esta nueva situación, que combina de un modo complejo, modernización y exclusión. Ni completamente afuera, y por lo tanto sujetos de una contestación cultural frente al desarrollo, ni enteramente adentro, y por lo tanto conformistas.

Tal es el caso por ejemplo de los jóvenes³ de las grandes ciudades del primero y sobre todo del Tercer Mundo. Los jóvenes son los excluidos, pero lo son porque fueron también los grandes invitados al banquete del desarrollo. En ellos pues, se concentran sus contradicciones, a la vez adentro y afuera, los jóvenes rompieron con sus antiguos modelos culturales heredados de sus padres, pero sus nuevas calificaciones educativas permanecen en gran medida ociosas. Los jóvenes son, pues, por excelencia, los portadores, más que ninguna

otra categoría social, de una modernización segmentada y dualista.

Sin embargo, a pesar de que los fenómenos de marginación y de dependencia económica y de alineación cultural no han dejado de existir, e incluso de profundizarse, la humanidad en su conjunto tiene actualmente los medios científicos y técnicos para que cada vez más países puedan incorporarse a un desarrollo fuertemente sustentado a la vez en bases internas y en una sólida incorporación a una división internacional del trabajo, más equilibrada y racional. Ahora el desarrollo no puede entenderse ni contra ni al margen de la construcción de una verdadera comunidad mundial. Sin embargo, esta comunidad no puede existir en medio de un reparto tan desigual de la riqueza, la técnica y el conocimiento.

De esta manera, en lugar de oponer un desarrollo exógeno, a un desarrollo endógeno, es preferible recordar que todos los procesos históricos de desarrollo exitosos, combinan factores externos e internos, factores económicos y factores socio culturales. Hay que recuperar pues un enfoque y una estrategia de desarrollo que tome en cuenta tanto la necesidad de integración nacional, como la realidad de la interdependencia mundial. Es en esos dos planos, que tendremos que librar las batallas para superar los obstáculos al desarrollo que actualmente enfrentamos.

Aunque está íntimamente ligado al proceso de desarrollo, tal como se presenta en la actualidad, voy a referirme ahora más específicamente al progreso científico y tecnológico y a su incidencia en la cultura.

La universalidad de la ciencia y de la técnica, así como la importancia determinante de la dimensión cultural, aparecen como elementos definitorios de la problemática del mundo contemporáneo. Si el progreso científico y tecnológico se ha expandido con una mayor velocidad de lo que cualquiera hubiera imaginado. En cambio, las ideas, las actitudes, las culturas, han evolucionado quizás demasiado lentamente.

3. Me refiero desde luego a los jóvenes en su gran mayoría, sin incluir a los que pertenecen a los estratos incorporados a los beneficios del desarrollo.

De esta manera, nuestro futuro está moldeado en gran medida por la expansión científica y tecnológica. Es el progreso científico y tecnológico el que ha roto primero las fronteras y llegado hasta las regiones más remotas. Este avance, en muchos casos se ha traducido en un mejoramiento sustancial de las condiciones de vida, en términos de salud, educación e información, pero al mismo tiempo, frecuentemente ha amenazado gravemente los equilibrios humanos y naturales.

En síntesis, siendo un proceso fundamentalmente positivo porque abre enormes posibilidades para que la humanidad supere situaciones de pobreza y de vulnerabilidad, plantea al mismo tiempo problemas que exigen nuevas respuestas.

Nada nos autoriza, por lo tanto, a olvidar los efectos perversos de este progreso. Los daños que se acumulan sobre el medio ambiente, que no están limitados a las regiones desarrolladas, sino que asolan particularmente al Tercer Mundo, cuya conciencia ecológica sigue siendo débil, o bien las amenazas de guerra nuclear o química que también se extienden fuera de los países centrales.

Quizá debamos como punto de partida reconocer este hecho. El progreso científico y técnico carece de un límite cultural. Sólo reconoce como limitación, aquella que impone la racionalidad científica o económica y el llamado buen sentido político. Incluso los límites éticos, son crecientemente puestos en duda, como ocurre en el campo de la biogenética. La cultura en efecto, es impotente frente a la vorágine del proceso científico y técnico, y es solamente en el plano, ya no de las tradiciones culturales, sino en el de las ideas y de la ética, que se obtendrá una respuesta a estos problemas.

Por otra parte, con frecuencia, la modernidad que acompaña a este progreso, favorece al exceso de individualismo y de racionalismo, es decir, al deterioro creciente de un ethos cultural que sea capaz de asegurar la unidad y el destino de la vida colectiva. No podríamos dejar de

ver, sin cierta inquietud, la destrucción acelerada de la sociabilidad en las sociedades avanzadas, la desnacionalización de las grandes ciudades y el auge del racismo en sociedades que se han vuelto multiculturales; la indiferencia frente a la vida pública convertida en un espacio puramente formal, de administración y gestión, la ausencia de participación social y el refugio creciente en la vida privada. ¿Hasta dónde los mecanismos formales de integración, son suficientes para asegurar la cohesión y la solidaridad, vale decir una comunidad de origen y de destino? ¿No es necesario acaso volver a plantear el tema de la cultura en el seno mismo de las sociedades modernas, que se piensan a sí mismas cada vez más como puro sistema, es decir, como un conjunto crecientemente diferenciado y autorregulado, que no requiere por lo tanto de ninguna intervención ni límite externo?

Desarrollo económico, progreso científico y técnico, son aspectos centrales del proceso de modernización, el que a su vez tiene repercusiones culturales importantes. En este sentido debemos señalar que los riesgos de una modernización exógena, no se agotan en los temas de la exclusión social y del autoritarismo político. Temas como el de la alineación o transnacionalización de las culturas continúan vigentes. Sobre todo, cuando la modernidad es importada desde afuera y penetra directamente sin mediación alguna ni asimilación cultural. Por esta razón la modernización está en el centro del debate entre universalismo y particularismo así como la necesidad de proceder a una síntesis.

Es cierto también que las teorías de la aculturación pecan por exceso. Las culturas son a la vez resistentes y dinámicas, incorporan o rechazan constantemente elementos, innovan permaneciendo, paradójicamente, fieles a sí mismas. Las culturas no son ideas ni modelos, ni tampoco se confunden con una tradición fija inamovible. Si los usos y costumbres pueden cambiar con facilidad, las categorías y las representaciones colectivas, lo hacen más difícilmente.

Seamos más precisos. Las grandes corrientes de secularización y de racionalización que dieron origen al mando moderno, no se extienden con la rapidez que algún pronóstico apresurado pudo anticipar. Hoy sabemos también que la modernización no exige necesariamente tales requisitos, es decir, la presencia de un racionalismo a ultranza, la mentalidad iluminista del siglo XVIII, el utilitarismo del siglo XIX. Estos no son los caminos forzados que todos debemos emprender. ¿No es posible entonces pensar entre diversas síntesis entre cultura y modernidad? ¿Acaso ello no está incluso en tantas experiencias de desarrollo. Antes, incluso, que se han llevado hasta el plano de las ideas?

Ese esfuerzo de síntesis se presenta como uno de los grandes temas del futuro. Esfuerzo no sólo de elaboración, sino también de reconocimiento, de análisis de una historia que se produce actualmente. Esfuerzo que no olvida tampoco su urgencia, pues la amenaza ya de anomia cultural, ya de resistencia al desarrollo, permanece siempre como una posibilidad.

En lo que respecta a la Universidad, ¿cómo se conforman o se redefinen las funciones de la Universidad en relación a la problemática contemporánea que hemos descrito?

En América Latina vivimos con intensidad la herencia no resuelta de nuestra heterogeneidad cultural, y al mismo tiempo tenemos que enfrentar los nuevos desafíos que plantean las grandes transformaciones culturales, económicas y políticas que estamos viviendo en esta última etapa del siglo XX.

De esta manera, la Universidad está llamada a cumplir, en el período actual, una función fundamental en la incorporación del país al desarrollo científico y tecnológico, así como reafirmar su carácter universal, de apertura al mundo contemporáneo. Al mismo tiempo, debe mantener su función de armonización y de síntesis, en unas sociedades como las nuestras, marcadas por grandes diferencias y contrastes sociales y culturales.

Desde luego, no hay duda, que la Universidad puede constituirse en una de las bases internas, sólidas, que contribuyan al proceso de desarrollo del país. La Universidad está llamada a ser uno de los polos de crecimiento, más aún en un período como el actual, en que más que los recursos naturales o la industria, es la capacidad de concentrar y asimilar información, y de generar nuevos conocimientos, el factor central, más dinámico, del desarrollo.

En este sentido, el riesgo de respetar la diversidad o la identidad cultural, al extremo de negar la validez del conjunto de conocimientos, habilidades, destrezas, cuya apropiación constituye la herramienta para comprender la realidad y participar en forma activa y consciente en su transformación es tan grave como el riesgo de proponer la apropiación de dichos conocimientos en forma alejada de los patrones de socialización local, porque fracasarían.⁴

Este problema asume connotaciones nuevas en el marco del actual proceso de desarrollo científico y técnico. Como lo señalamos antes, es evidente que en la sociedad del futuro tendrá cada vez un mayor peso la ciencia y la tecnología. También es evidente que este proceso plantea serios problemas en términos de imposición cultural, ruptura de desarrollos culturales endógenos y, sin embargo, la alternativa no puede estar dada por el aislamiento o por la renuncia a la apropiación del conocimiento científico. La autonomía cultural no puede quedar expresada en actitudes puramente defensivas y de aislamiento, cuyo producto final sería la consolidación del atraso, y de las relaciones de subordinación y de dependencia.⁵

4. Juan Carlos Tedesco. *El Desafío Educativo*. Grupo Editor Latino Americano: Buenos Aires, 1987.

5. Cfr. Vease también José J. Brunner. *Los debates sobre la modernidad y el futuro de América Latina*. Santiago de Chile, FLACSO, abril de 1986.

Por otra parte, en un mundo en donde las diferencias culturales son fuente de tensiones tanto a nivel internacional como a nivel nacional, el sistema educativo y las Universidades en particular, tienen un papel fundamental, no para producir la uniformidad, sino la unidad en la diversidad, para facilitar el intercambio intercultural y encontrar los puntos de convergencia.

La vocación de universalidad y de pluralidad de las Universidades, las convierte en espacios privilegiados para este diálogo intercultural, y para contribuir a nuevas síntesis más armónicas, basadas en el respeto y la comprensión de las diferencias culturales, tanto al interior de nuestro propio país, como en relación con otras naciones.

Esa es quizá una de las funciones más importantes de la extensión y la difusión de la cultura, función que no debe estar dissociada, sino estrechamente vinculada a la investigación y a la docencia en las Universidades.

La difusión de la cultura puede tener una función fundamental de integración al interior de la universidad comunicando los espacios de la creación artística y de la investigación y de la docencia, así como, las áreas de las ciencias naturales exactas y de las humanidades y las ciencias sociales. De esta manera contribuirá a una formación más armoniosa de sus estudiantes y a la reconstitución de una verdadera comunidad, de una auténtica cultura universitaria que nutra el trabajo cotidiano de quienes la integran: maestros, investigadores, estudiantes, personal administrativo. Sin embargo, si la difusión de la cultura debe alimentarse de la creatividad de los universitarios y contribuir a su desarrollo personal comunitario, no debemos olvidar que es también y ante todo, una de las tareas fundamentales que históricamente se le ha atribuido a la Universidad para servir a la sociedad; más aún, es uno de los canales privilegiados para

que tengan una vinculación más estrecha.

La difusión de la cultura en la Universidad por su misma naturaleza, no puede quedar dentro de los marcos estrechos de criterios políticos de corto plazo o de utilidad económica. La difusión de la cultura debe realizarse con la libertad y la generosidad suficientes que le permitan seguir los más altos intereses de desarrollo del conocimiento y de la creatividad en beneficio de la sociedad. En esta misión que la universidad tiene encomendada, debe transmitir toda su riqueza, difundiendo no sólo las artes, sino también las ciencias y las humanidades. Debe seguir transmitiendo aquellos conocimientos y valores que son el mejor fruto de nuestra propia historia y también aquellos que conforman el patrimonio universal de la humanidad. Pero al mismo tiempo debe proporcionar los elementos que ayuden a comprender los problemas y desafíos que enfrentan los países latinoamericanos en el presente, ubicándolos en la perspectiva más amplia de la comprensión del mundo contemporáneo.

En síntesis, la Universidad necesita: contribuir a la comprensión de las grandes transformaciones del mundo contemporáneo, constituirse en una de las bases internas del desarrollo científico y tecnológico, ser un canal privilegiado de expresión de las culturas nacionales comprendidas en toda su complejidad y diversidad, y ser un puente entre estas culturas nacionales y las demás culturas del mundo.

Para que pueda cumplir esas funciones, la Universidad debe mantener las condiciones que garanticen la pluralidad y la libertad en el ejercicio de la investigación, la docencia y la difusión de la cultura. Sin embargo al mismo tiempo, tiene que ser lo suficientemente exigente consigo misma, para garantizar un clima interno que le permita propiciar la creatividad, la excelencia y el rigor académico.